

Pero en vez de hacerle adicto á César aquellos beneficios, le agriaban por el contrario, en virtud del temor que le sugería su exagerado orgullo, de considerar antes su efecto privado que la libertad comun, de preferir un hombre á la cosa pública. A sus ojos César era un usurpador y opresor de su patria, y los enemigos de éste no cesaban de traer á su memoria, ya la fiera virtud de Caton, ya la accion heroica del antiguo Bruto. Sobre su puerta y en anónimos billetes hallaba escrito.—*¿Qué, no existe hoy un Bruto?—¡No, tú no eres Bruto!—¡Duermes, Bruto!*—Además al defender á Milon, habia sostenido que un ciudadano puede quitar la vida á otro cuando es útil á la república este homicidio.

Casio, principal instigador de aquella trama, vió con gozo que aquellas provocaciones ejercian grande influjo sobre aquel espíritu entusiasta. Al cabo se decidió á declararle su designio, haciéndole presente cuan indigno era tolerar por más tiempo la servidumbre de la patria.—Cuando el pueblo, añadía, aguarda de otros pretores espectáculos y gladiadores, espera de Bruto que le liberte de un tirano.

Adhirióse Bruto á la conjuracion, y su nombre intachable atrajo á ella á otros muchos ciudadanos de las primeras familias; unos antiguos enemigos de César por sentimiento republicano, otros que lo eran por haber recibido mercedes de su mano. No se impuso á Ciceron en el secreto, por medio de que su timidez comprometiera el feliz resultado, ó de que su presuncion intentara dirigirlo todo á su antojo. Preguntándole Statilio cual le parecia menor entre estos dos males, si soportar á un tirano, ó libertarse de él á riesgo de una guerra civil, respondió: *Prefero la paciencia á los perjuicios inseparables de semejante guerra.* Habiéndose apercibido Porcia, hija de Caton y mujer de Bruto, de que éste nutria en su seno un designio importante, se hizo una profunda herida en el muslo, y asegurada por este medio de que, digna de su padre y su esposo, sabria resistir á un dolor vehemente, pidió á su marido que le confiara su secreto.

La supersticion de los romanos señaló una série de prodigios precursores de la muerte de César, que por todas partes recibia indicios de la existencia de la conjuracion (44); pero ó no

creyó en ella ó no le causó susto. Los conjurados que eran sesenta y tres, y pertenecientes á las primeras familias de Roma, resolvieron asesinarle en los idus de Marzo. En el momento en que iba á tomar asiento en el Senado, le rodearon fingiendo implorarle á fin de obtener un nuevo acto de clemencia, y se precipitaron sobre su persona (15 de Marzo del año 44). De fendióse al principio, pero cuando vió á Bruto blandir el puñal sobre su cabeza, exclamó: *Tú tambien, hijo mio!* Envolviéndose entonces en su toga, se dejó atravesar por veinte heridas, y cayó á los piés de la estatua de Pompeyo.

CAPÍTULO XXXVIII.

Situacion de Roma á la muerte de César.

César habia cumplido cincuenta y siete años. De seguro debe figurar entre los hombres más insignes de la antigüedad, como guerrero, como político y como escritor. Aunque somos pocos propensos á admirar á los héroes, no podemos desconocer en César virtudes que le distinguen de los que le precedieron, ó que disminuyen las faltas que tuvo de comun con ellos. Fué conquistador y derramó torrentes de sangre; blandió las armas contra su patria y entonces se hizo delincuente de fratricidio, pero suspendió el hierro vengador despues de sus victorias; negó á sus soldados el horrible júbilo de las proscripciones; otorgó perdon á sus enemigos cuando esperaban la muerte, y ya que no eran sostenibles las antiguas instituciones de Roma, sólo él tenia brazo harto robusto para contener en la unidad política á la plebe y á los patricios y para dar á la ciudad una constitucion nueva.

Háse dicho: *Era un usurpador: podia, pues, y hasta debia exterminarle todo ciudadano.* De que esto se verificara ¿qué beneficio resultaba á Roma? ¿No vinieron á demostrar los sucesos posteriores que el gobierno de uno sólo era ya inevitable? ¿No leían los mismos conjurados la condenacion de la república en la inmensa depravacion que viciaba todas las partes de la sociedad? ¿No lo confesaron ellos mismos cuando despues de haber dado muerte al dictador, procuraron escitar al pueblo en favor suyo, no por las ideas de libertad, sino con distribuciones de dinero?

Si hubo época en que se evidenciara que el bienestar de una sociedad no consiste en las mejoras materiales, fué ciertamente aquella. De día en día adquiria más uniformidad la administracion de la cosa pública, de la justicia y de las rentas; la inflexible tiranía de la palabra se habia doblegado ante el edicto del pretor, la curia ante la tribu; magníficos caminos cruzaban la Italia y el imperio; se abrian al comercio canales y puertos; acudiendo de los puntos más remotos, afluían los extranjeros en Roma, como centro de la sabiduría, del poder, de la civilizacion, y el mundo entero la ofrecia el tributo de su dinero y de sus producciones.

Pero ¡cuántas llagas encubria aquel exterior brillo! Habian consumido las guerras intestinas á la raza italiana. Trescientos ciudadanos perecieron en la sedicion de Tiberio Graco; tres mil en la de su hermano; trescientos mil en la guerra social mas desastrosa que la de Pirro y Anibal. Sila mandó degollar á doce mil prenestinos, destruyó á Norba, hizo perecer á los unos por las proscripciones, expulsó á los otros de su patria por las confiscaciones; de modo que le fué preciso renovar la poblacion introduciendo en la ciudad á diez mil esclavos de los proscriptos, como distribuyó los bienes confiscados á las veintitres legiones fieles á su causa. No hablamos aquí de Mario, ni de Espartaco, ni de las nuevas guerras civiles que desolaron la Italia. Ni aun la misma Roma, en que se infiltraba la sangre sacada á la Península, pudo conservar su poblacion inmensa; en tiempo de César se contaban cuatrocientos cincuenta mil ciudadanos de diez y siete á setenta años; trescientos veinte mil ménos que entre la primera y la segunda guerra púnica.

Allí estaban repartidas con desigualdad las riquezas, y á la par que algunos nadaban en delicias, el mayor número era victima de la miseria. Trescientas mil personas recibian dentro de la ciudad socorros como indigentes; individuos que consumian sin producir y ofrecian de consiguiente una terrible arma á quien queria comprarlos ó pudiera amenazarlos con el hambre. Habia destruido á la antigua raza agrícola la pródiga rapacidad de los triumviros, y los nuevos propietarios, que habian adquirido sus tierras con la espada, apetecian mejor tomar parte en los placeres ociosos del

teatro y en las agitaciones tumultuosas del foro, que conservar y acrecer su patrimonio con el trabajo. Hallábanse, pues, abandonados los campos á brazos serviles, y tanto era el daño que resultaba de esto que siete fanegas distribuidas por Licinio producian antiguamente más, al decir de Columella, que en tiempo de César los más extensos dominios. Ocupaban á pesar de todo tal espacio que sus dueños no podian dar la vuelta de ellos más que á caballo, y que dejaban que los hollaran los rebaños y los devastaran las fieras, y los explotaran los esclavos encadenados ó ciudadanos reducidos á la condicion de presos por deudas. Orioli ha descubierto recientemente cerca de Viterbo vestigios de un archeducto, que en su longitud de ocho mil setecientos sesenta y tres metros no cruzaba mas que once propiedades pertenecientes á nueve individuos. Era, pues, indispensable llevar de lo exterior trigo, y en tiempo de César y Augusto se recibian en Italia, tanto de Egipto como de Africa, ochocientos diez millones de libras, segun peso de marco, de este grano. Si acontecia que estuvieran cortadas las comunicaciones ora por la piratería, ora por la guerra, se experimentaba en la Península hambre, como cuando se espera el alimento de ajena mano.

Ni podia acontecer de otro modo, faltando una clase media entre los que poseian una fortuna desmesurada y los que carecian de todo. Hasta las mismas leyes oponian un estorbo á que se formase, tachando con la nota de infamia el ejercicio de un oficio cualquiera. Tambien se miraba de reojo el gran comercio, y la opinion le era contraria. Se veía terminantemente todo tráfico á los senadores, y se les imputaba á delito mandar costruir una nave. Cada vez desapareció más la clase media con las confiscaciones, y á consecuencia de la aglomeracion de las propiedades en escaso número de manos. Desde este momento Italia, donde á pesar de esto circulaban el oro y la plata de las naciones vencidas, y cuyos moradores gozaban de tantas libertades y exenciones, entre otras la de la capitacion, del tributo predial, de los derechos de aduana y de entrada, fué despoñándose y menguando en prosperidad en una proporcion mayor que las provincias recargadas de impuestos, y entregadas á merced de los

gobernadores y de los publicanos igualmente avarientos.

Ya hemos visto los medios que la clase indigente empleaba para existir en Roma; los ciudadanos pobres vendían su sufragio, su testimonio ó su puñal. Hacinados en la fangosa Suburra, ó en chozas arrastradas á cada inundación por la corriente del Tiber, ó en zaquizamis amontonados unos encima de otros para formar siete ú ocho pisos, allí sustentan su corrupción el petardista, el bribón, la haraposita prostituta, el gramático sin dinero, el parlador grieguillo, el expósito. Salen de aquellas mardigueras para abismarse en hediondas tabernas (*propinæ*) para roer allí un pan ordinario, cabezas de carnero, y beber un vino caliente al precio de dos ases mendigados en las calles ú obtenidos de la liberalidad patricia. Los más irreprochables pasan el día en saludar y hacer la corte al patrono, en cuestas la espórtula en el vestíbulo de los palacios, luego en escuchar las discusiones del foro, aplaudiendo al orador que con un período armonioso satisface su delicado oído, ó que acaricia la vanidad nacional con una palabra oportuna. Asisten después á las revistas del campo de Marte, ó á jugar á la pelota ó al tejo. Tienen baños para refrescarse, estufas para calentarse, bufones ó filósofos para distraerles con sus agudezas; allí están para excitar su admiración las pompas de los sacrificios, la suntuosidad de los banquetes sacerdotales. Aquel populacho holgazán y miserable, hacinado en barrios sin sol ni aire, se ostenta orgulloso y feliz de presentarse bajo pórticos corintios, de sentarse dentro de espléndidas basílicas, de lavarse en marmóreas termas, de encenagarse en una odiosidad soberbia, á la par que millones de vencidos labran los campos de Egipto y de Sicilia. Su júbilo llega á colmo cuando Agripa pone á su disposición ciento setenta baños y barberos para afeitarse gratuitamente todo un año al buen pueblo; su ventura era imponderable cuando un edil, un triunfador ó un demagogo hace ir para divertirle fieras del Africa, bailarinas de Cádiz, girafas del desierto, gladiadores de germania, reciarios de la Galia, filósofos de la Grecia y manda que se le distribuya doble ración de trigo.

Consistía la manía de los ricos en imitar á los griegos, no en su exquisito sentimiento de

lo bello, sino en las artes del lujo y en las costumbres del deleite; por eso el abuelo de Cicerón comparaba los romanos á los sirios mercenarios, tanto más depravados cuanto mejor sabían el griego. Con efecto, todos iban á perfeccionar su educación á Grecia, y si había algunos que volvían más instruidos en literatura, con especialidad más elocuentes, muchos no aprendían sino la parte más material de la filosofía epicúrea. Estos profesaban menosprecio á los dioses, negaban la Providencia, recomendaban que se disfrutase cuanto fuera posible y seguían el ejemplo de aquel pueblo, á quien veían consolarse de la humillación nacional con el deleite, ó vengarse por la astucia.

Era un verdadero palacio la morada de un ciudadano rico. Una multitud de esclavos se ocupaban allí en diferentes empleos, como si no existiera nada que no pudiera satisfacerse dentro de aquel recinto, en materias de necesidades y deseos. Así además de los palafraneros, cocineros, ayudas de cámara, cellereros y bañeros, había cazadores, pescadores, jardineros, libreros copistas, gramáticos, correctores, hiladoras, tejedores, sastres, peluqueros, pintores, mosaistas, filósofos, tropas de mímicos y de gladiadores. Había bodegas provistas como almacenes, graneros que hubieran bastado para el sustento de una aldea. Añádase á esta masa de individuos una infinidad de clientes, que iban al asomar el alba á saber de la salud de su patrono; aquella muchedumbre arrostra la varilla del portero (*ostiarius*) y las repulsas del ayuda de cámara, y llega al aposento del amo, á quien todavía embarga el sueño; le ofrece sus respetos y se marcha contento de haber obtenido una leve sonrisa entre dos bostezos, acompañada de un pedazo de salchicha ó de una gratificación equivalente á veinticinco sueldos; agréguese á esto los huéspedes, que á veces se alojaban en número de mil, dentro de una sola casa, y los parásitos y *sombras*, no menos asíduos que las moscas, cerca de quien daba de comer.

Estos últimos llenaban el átrio, ornado de ricas columnatas, desde donde se penetraba en los aposentos particulares. Después de advertidos el esclavo destinado á la custodia de la puerta, que no se debía sentar primero en el umbral el pié izquierdo, de haberos saludado

el papagayo ó la urraca con palabras de buen agüero, veáis ostentarse á vuestros ojos el más costoso y esmerado lujo; una profusión de los mármoles más preciosos de Paros, de Lesbos y de Africa; arquitrabes dorados del monte Himeto; el oro y el marfil incrustados en los intercolumnios; por todas partes cuadros, frescos, estatuas, vasos corintios, esculturas obscenas; se hollaban con los piés mosaicos, de los cuales hubiera bastado uno solo para formar la gloria de un museo. No nos detendremos en hablar de los baños, de los lechos, de todos los muebles usuales, de los gabinetes secretos destinados á despertar y á satisfacer el embotado sentimiento del deleite. Julio César hizo suntuosas construcciones; Namuro, su arquitecto, fué el primero que levantó palacios enteramente cubiertos de mármoles, después del saqueo de las Galias; el de Clodio había costado 15.000.000 de sextercios. Cicerón redactó sobre una mesa limonero, por la cual había pagado 20.000 libras, el acta de acusación de Verres, quien había robado 50.000.000. Tan rápidos progresos había hecho el lujo, que la casa de Lépido, considerada en su tiempo como la más bella de Roma, apenas merecía ser citada ciento treinta años más tarde. Pero era muy poco un palacio adornado con todas las riquezas, había necesidad de poseer muchos de recambio (*mutatoria*). Si alguno dice á Lúculo que su mansión está mal situada para el invierno responde: *¿Me crees por ventura menos cauto que las golondrinas que cambian de cielo según las estaciones?*

¿Y qué diremos de las casas de recreo? Allí es donde se retiran los hombres de talento cultivado á meditar sus arengas, sus discusiones, sus poesías; allí es donde Clodio y Milon van á amaestrar á sus sicarios en el asesinato; allí es donde los voluptuosos se encaminan para inventar nuevos placeres y coronarse de rosas, mientras la patria perece. Todo el que se eleva sobre el vulgo, pretende poseer más de una, y quiere adornarlas con paseos, con terrados, con cuanto puede encantar los sentidos. Tan sembrada estaba de ellas la parte más bella de Italia, que apenas quedaban tierras para el arado. Para lograr que estuvieran bien situadas no parecía árduo echar sus cimientos dentro del mar ó allanar las montañas; largos acueductos llevaban allí limpidas aguas, destinadas á recrear

los bosquecillos de plátanos, de mirto y de laurel, á saltar delante de grupos debidos al cincel griego, ó á dormir en voluptuosos baños, ó en viveros poblados de murenas domesticadas.

¿Qué se hizo el pequeño campo de Cincinato y el de Régulo? ¿Qué se hizo la alquería tan llena de actividad de Catón el Viejo? Serviales de contento ver al animado enjambre de sus servidores agruparse en torno del hogar; ahora se abren bajo aquellos espléndidos palacios inmensas cuevas, ó bóvedas bajas sin luz ni ventilación, donde luego que desciende la noche encierra el *lolario* á latigazos á los esclavos, hombres y mujeres, asegura la verja de hierro y les abandona á su miseria, á sus blasfemias, á sus accidentales caricias, á fin de que su señor pueda embriagarse sin recelo alguno entre la algazara de un banquete ó dormirse en paz sobre cogines de púrpura de Sidón.

Más, ¿no son esclavos de otra especie los amigos del rico? Vedlos tratados con insolente orgullo por aquél á quien hacen la corte, y que apenas se digna dirigirles una mirada, atravesando por medio de su tropel apiñado en el *atrio*. Si sale, les hace seguirle á pié junto á su litera. Si hace visitas, les manda aguardar sobre las baldosas del peristilo. Si les convida á comer por boato ó por distraerse, tomarán asiento en taburetes más bajos que el lecho donde él se halla reclinado cómodamente; el pan y el vino que les sirvan, serán de calidad inferior á la del suyo, y un esclavo espionando todas sus acciones, dirá, si han aplaudido, reído y comido bien, en suma, si han merecido guarnecer otra vez la mesa del amo. Hasta tal punto se resignaba el hombre á la servidumbre con tal de que la ciudad continuara libre.

Al leer las arengas de Cicerón sorprende ménos la corrupción que descubren en su texto que el descaro con que aquella corrupción se manifestaba, así como su larga impunidad. Ya son suegras entregándose á sus yernos y envenenando á sus hijas; ya parientes, que para deshacerse de sus coherederos, les dan muerte ó les sujetan á una condena. Nada más común que los amores incestuosos y contra la naturaleza; todavía más comunes la prevaricación de los magistrados y la infidelidad de los jueces.

Y luego que Ciceron ha revelado una larga serie de iniquidades, necesita insistir en ellas para inducir á los jueces á tener osadía para castigarlas.

Cuando defiende á un jóven acusado de prácticas culpables con Clodia, no aspira tanto á negar el hecho en que la acusacion se apoya, como á demostrar que es digno de excusa. «Acaso, dice, la severidad de costumbres era patrimonio de los Camilos, de los Fabricios, de los Curios, pero en el dia no está en uso, antes bien, apenas se leen libros donde se hace mención de ella, tanto ha envejecido. A la sazón los que predicán que se debe ir con fatiga por el camino recto para llegar á la gloria, se ven desamparados en la soledad de las escuelas. Concédase, pues algo á la edad, ya que se abandona esta senda desierta y espinosa; que al ménos goce libertad la adolescencia; no sea vedado todo al deleite. En vez de exigir que la verdadera y recta razón impere siempre, dejémosla triunfar á veces por los deseos y los goces. Cuando la juventud haya cedido al deleite, consagrándose algun tiempo á las diversiones de su edad, á esos vanos apetitos de la adolescencia, torne al cuidado de los asuntos domésticos, al foro, á la república, para mostrarnos que ha rechazado por saciedad, desdeñado por experiencia, lo que no habia examinado primero con el auxilio de la razón.»

Si tan amplio era el precepto ¿qué latitud no debia tener en la aplicacion?

Tambien hallamos un indicio de costumbres groseras en las innobles invectivas que Salustio dirige á Ciceron, y este á Calpurnio Pison. Así el gran orador romano dice entre otras infamias, al hablar de este patricio: «No se atreverá á presentarse en los espectáculos; asistirá al banquete público, (si es que no tiene dispuesta una cena con P. Clodio, sus amores); pero no será por conveniencia, observará esta conducta por recreo propio. A nosotros, gentes groseras, nos dejará los espectáculos, en atención á que, discutiendo tiene costumbre de preferir los placeres de vientre á los de los ojos y oídos; porque vosotros, que lo creísteis en cierto tiempo perverso, cruel, estafador, ladrón, que le creéis ahora rapaz, sórdido, orgulloso, truhan, pérfido, impudente, temerario, sabed además que no hay hombre más libertino dis-

pador y desenfrenado. No imagineis á pesar de esto, que en su casa hay lujo, pues aun cuando este es un vicio, lo hay que sienta bien á un hombre libre; en su casa no existe nada generoso, delicado, exquisito, ni aún siquiera costoso, salvo su libertinaje; no se ven allí vasos cincelados, ni grandes copas de Plasencia, porque quiere hacer alarde de menospreciar á sus abuelos. Figuran en su mesa, no ostras, ni peces, sino carne manida; le sirven criados mugrientos, y hasta son viejos algunos. El cocinero á la par es portero. No hay en su casa horno, ni repostería; el pan y el vino se compran en las tabernas ó á los revendedores. Allí están hacinados los griegos hasta cinco y aún más en una misma casa; él está solo en la suya y traga cuanto puede. Cierta dia que oyó cantar un gallo creyó que habia resucitado su abuelo, y mandó quitar las mesas.»

Y no obstante se citaba á Ciceron como modelo de moderacion y de decoro en sus discursos. Se encomiaba á Bruto, asesino de César, por su virtud severa; y, sin embargo, prestaba dinero al cuarenta y tres por ciento á los reyes de Oriente y á las ciudades sometidas á la dominacion de Roma, sirviéndose para este objeto del nombre de un cierto Scapcio, cuya crueldad secundaba perfectamente aquella enorme usura. Cuando Appio, suegro de Bruto, era gobernador de Cipro y de la Cilicia, Scapcio obtuvo de él un cuerpo de caballería para apremiar á los magistrados de Salamina á que le pagaran una inmensa deuda; como protestaran diciendo que no podian pagar, los tuvo encerrados tanto tiempo que muchos murieron de hambre. Investido Ciceron con aquel gobierno, puso coto á tan atroces medidas; entonces Bruto hizo intervenir á Atico, á fin de que obtuviera de Ciceron ginetes y de renovar sus apremios. Hasta le escribió directamente con sobrada arrogancia, sin disimular que el capital y los intereses eran suyos y no de Scapcio.

Es verdad que tales iniquidades se ejercian sobre extranjeros, sobre vencidos. Sigue despues Verres, y le acompañan las increíbles perversidades de sus amigos; invitado uno de ellos á cenar por un venerable anciano con la mayor benevolencia, solicita acabado el banquete que disponga le lleven su única hija, se enoja al ver que resiste violencia tan innoble, y der-

rama una sangre que no osan vengar los ciudadanos sobre la cabeza del delincuente. Ya es Marco Antonio, que sin observar ninguno de los ritos prescritos, conduce una colonia á Casilino para sustituir á la que se hallaba establecida en aquel punto; invade las heredades de gran número de sus moradores, y pretende haber comprado las demas de otros muchos en una venta á pública subasta, que no ha oido anunciar nadie; permanece á la mesa desde la hora tercia hasta media noche entre mancebos y cortesanas jugando, bebiendo, vomitando y poniéndose á beber de nuevo.

Dando su hijo mayor de cenar á muchos sábios, se complacia en dejarlos cortados uno á uno con sutiles racioncinios. Filotas, médico de Amfriso, se expresó de este modo: *Existe cierta fiebre que se cura con agua fria; es así que todo el que tiene fiebre tiene cierta fiebre, luego el agua fria es buena para todo el que tiene fiebre.* Tan enorme paralogismo embarazó á todos los disidentes, y Antonio quedó mar villado de tal manera, que enseñando á Filotas un aparador cargado de vagilla de plata, le dijo: *Toño eso es tuyo.*

Dióle el médico expresivas gracias; pero persuadido de que aquello habia sido una burla de un hombre beodo, se marchó sin tocar aquel rico regalo. Poco despues llegó á su casa un enviado de Antonio, acompañado de esclaves que le llevaban toda aquella plata. Como se excusara Filotas para no admitir aquel excesivo presente, repuso el enviado: *¿Ignoras que el donador es hijo de otro Antonio que podria regalarte tanto oro como plata te traigo? No obstante, por si hay en esta vagilla alguna pieza que Antonio estime en mucho, ya por su antigüedad, ya por la delicadeza del trabajo, te aconsejaria que aceptaras con preferencia el valor en especie.*

Sin temor de padecer engaño, se puede asegurar que las cenas constituian la mitad de todas las diversiones de los romanos. Terminábanse los triunfos, así como los sacrificios, con un banquete; y los septemviro *epulones*, lo mismo que los *titii*, eran más bien cocineros que sacerdotes. Aquel que iba de viaje daba su cena de partida (*cena viaticia*). Festejábbase el retorno de un amigo con la cena de llegada (*cena adventoria*). Se celebraba la cena capito-

lina en honor del padre de los dioses; la *cena cereal* cuando se habia recolectado abundante cosecha; la *cena libre* para celebrar la libertad de un esclavo; la *cena triunfal* al vencedor que acababa de subir al Capitolio; en fin, la *cena fúnebre* á la muerte de los patronos ó de los deudos. Se dejaba repetir al filósofo Selio, que sólo tenía por buenas comidas las que son agradables é instructivas; gustaba oír á Varron que se necesitan en un banquete personas de gallarda figura, de conversacion interesante, que no sean mudas ni verbosas, del aseo y de la delicadeza de los manjares y de un tiempo sereno; pero mientras ellos hablaban, los hijos de Dentato, reclinados tres á tres en muelles lechos de maderas preciosas, se entregaban á la alegría en el elegante *triclinio*, donde ponian á cubierto del aire, del polvo y del contacto del pavimento telas hiladas por las mujeres de Esparta empapadas dos veces en la púrpura ó alfombras orientales, mamparas y tapicerías procedentes de Sérica y de Persia, mientras exhalaban bellísimos jarrones esencias suaves, cuyo perfume desvanecía el simple aroma de las flores que coronaban á los convidados.

Recibe la mesa triangular todo lo que la naturaleza en su prodigalidad puede suministrar más exquisito, y el arte de cocina de Sibaris hacer más sabroso. Ya son ostras del lago Lucrino; pavos reales introducidos primeramente por el orador Hortensio, y que se servian asados y revestidos con su esmaltado plumaje; ya son sollos de Po, figurando con lobos blancos del Tiber, con cabritos dálmatas y con jabalíes de la Ombría. Pagan su tributo de preciosa caza las riberas del Faso, las selvas de la Jonia y de la Numidia; envían los golfos del Adriático los salmonetes de tres libras y los rodaballos de un siglo; sus dátiles, Siria, Egipto sus ciruelas, Pompeya sus peras, Tarento y Venafre sus aceitunas, Tibur sus manzanas, y de momento en momento presentan los sirvientes al son de la flauta alguna rareza en punto de cigüeñas ó aves de otra especie, ó un cerdo entero relleno de pajarillos.

Entonces circulaban más rápidamente las anchas copas que llenaba el espumante másico ó el falerno, ó los vinos sazonados en las rocas de las islas del Archipiélago. ¡Honor al que más beba! Los *epulones*, sombras de los convidados,